



Los músicos de Bremen

Ilustrado por Daniel Gómez & Traducido por Pedro Lama

29

Érase un hombre que tenía un burro que durante muchísimos años había transportado sin descanso sacos de maíz al molino; pero ya estaba perdiendo su fuerza, y cada día que pasaba era menos apto para el trabajo. Entonces su amo empezó a pensar en cuál sería la mejor forma de deshacerse de él; pero el burro, al darse cuenta de que no soplaban buenos vientos, huyó de allí y se puso en camino hacia Bremen. “Allí –pensó– seguramente podré convertirme en músico municipal”. Después de recorrer un buen trecho, encontró un perro de caza echado en el camino, jadeando como si hubiera corrido hasta quedar exhausto.

–¿Por qué jadeas de esa manera, amigo? –preguntó el burro.

–¡Ah! –contestó el perro de caza–, como soy viejo y estoy más débil cada día y ya no puedo cazar, mi amo quiso matarme, de manera que me di a la fuga. Pero, ¿cómo voy a ganarme el pan?

–¿Sabes una cosa? –dijo el burro–. Yo voy a Bremen porque quiero ser músico municipal. Ven conmigo y hazte músico tú también. Yo tocaré el laúd y tú puedes tocar los timbales.

El perro de caza aceptó y prosiguieron juntos el camino.

Poco después encontraron un gato sentado en medio del sendero con cara de tres días sin probar bocado.

–A ver, viejo rapaz, ¿qué te ha pasado a ti?

–¿Quién puede estar contento cuando su pellejo corre peligro? –contestó el gato–. Porque me estoy poniendo viejo, mis dientes están gastados y prefiero tenderme hecho un ovillo junto al fuego antes que cazar ratones, mi ama ha querido ahogarme; de manera que decidí huir. Pero ahora no encuentro quién me dé un buen consejo. ¿Adónde iré?

–Ven con nosotros a Bremen. Tú sabes mucho de música nocturna, puedes ser un músico municipal.

El gato lo pensó muy bien y decidió irse con ellos. Después de un rato, los tres fugitivos llegaron a un corral. Un gallo se encontraba sentado sobre el portón, cacareando con todas sus fuerzas.

–Tu canto me atraviesa el alma –dijo el burro–. ¿Qué te pasa?

30 –He estado pronosticando buen tiempo, porque es el día en que Nuestra Señora lava las camisitas del Niño Jesús y quiere ponerlas a secar –dijo el gallo–; pero vendrán invitados este domingo, y como la dueña de casa no tiene compasión, le ha dicho a la cocinera que quiere comerme en la sopa mañana, y esta noche me cortarán la cabeza. Por eso cacareo con todas mis fuerzas mientras puedo.

–¡Qué tontería, cresta roja! –dijo el burro–; mejor será que vengas con nosotros. Vamos a Bremen. En cualquier parte puedes encontrar algo mejor que la muerte. Tienes buena voz, y si hacemos música juntos, seguramente será de muy buena calidad.

El gallo estuvo de acuerdo con este plan, y los cuatro se marcharon juntos. Sin embargo, no pudieron llegar a la ciudad de Bremen en un solo día, y al atardecer decidieron pasar la noche en un bosque. El burro y el perro de caza se echaron bajo un gran árbol, el gato y el gallo se acomodaron en las ramas; pero este último voló hasta la copa, donde estaría más seguro. Antes de dormirse, miró hacia los cuatro puntos cardinales y le pareció ver una lucecita brillando a lo lejos. De modo que gritó a sus compañeros que seguramente había una casa no muy lejos de allí, pues había visto un destello.

El burro dijo:





–Si es así, será mejor que nos levantemos y vayamos hasta allí, pues este no es un muy buen refugio.

El perro de caza pensó que unos cuantos huesos con algo de carne no le caerían nada mal.

Así que se encaminaron hacia el lugar donde estaba la luz, y al poco tiempo la vieron brillar con más fuerza y agrandarse, hasta que llegaron a una guarida de ladrones muy bien iluminada. El burro, que era el más grande, se acercó a la ventana y miró hacia el interior de la casa.

–¿Qué ves, mi caballo gris? –preguntó el gallo.

–¿Que qué veo? –contestó el burro—. Una mesa cubierta de buenas cosas para comer y beber, y unos ladrones sentados a su alrededor que la están pasando muy bien.

–Eso es lo que nosotros necesitamos –dijo el gallo.

–Sí, sí. ¡Ah, cómo me gustaría que estuviéramos allí! –dijo el burro.

Los animales deliberaron entonces acerca de la manera de hacer salir a los ladrones, y finalmente concibieron un plan. El burro pondría sus patas delanteras en el alféizar; el perro de caza se subiría al lomo del burro, el gato treparía sobre el perro; y, por último, el gallo se posaría en la cabeza del gato.

Una vez hecho esto, a una señal convenida, empezaron a interpretar su música juntos: el burro rebuznaba, el perro ladraba, el gato maullaba y el gallo cacareaba. Luego, con un ruido estrepitoso, rompieron la ventana y entraron de sopetón en la habitación. Ante tan horrible estruendo, los ladrones se levantaron de un salto,

pensando que había entrado un fantasma, y huyeron al bosque muertos del susto. Los cuatro compañeros se sentaron a la mesa, más que satisfechos con lo que había quedado, y comieron como si fueran a ayunar durante todo un mes.

Cuando los cuatro juglares terminaron, apagaron la luz, y cada uno buscó un lugar para dormir apropiado a su naturaleza y gusto. El burro se echó sobre un montón de paja en el patio, el perro detrás de la puerta, el gato junto a las cenizas calientes de la chimenea y el gallo se posó en una de las vigas del techo. Y como todos estaban cansados de tanto andar, no tardaron en quedarse dormidos.

Pasada la medianoche, al ver los ladrones desde lejos que la luz ya no estaba encendida en la casa y que todo parecía estar tranquilo, dijo el jefe:

—No hemos debido asustarnos tanto.

Y ordenó a uno de ellos que fuera a inspeccionar la casa.

Al encontrar todo tan tranquilo, el mensajero fue a la cocina a encender una vela. Creyendo que los ojos resplandecientes del gato eran brasas, les acercó un fósforo para hacer fuego. Pero el gato no estaba para bromas y le saltó a la cara, escupiéndole y arañándolo. Terriblemente asustado, el hombre corrió a la puerta trasera, pero el perro que estaba allí tendido se levantó de un salto y le mordió la pierna. Y cuando atravesaba el patio corriendo, al pasar junto al montón de paja, el burro le propinó una fuerte coza con su pata trasera. El gallo, al que el ruido había despertado y se había puesto muy nervioso, gritó desde la viga:

—¡Qui-qui-ri-quí!

Entonces el ladrón corrió con todas sus fuerzas para volver junto a su jefe, y le dijo:

—¡Ah! En la casa hay una horrible bruja, que me escupió y me arañó la cara con sus largas garras. En la puerta hay un hombre con un puñal, y me lo clavó en la pierna. En el patio hay un monstruo negro, que me golpeó con un garrote de madera. Y arriba, en el tejado, estaba sentado el juez, que gritaba: “¡Traédmelo aquí!” Así que me escapé como pude.

Después de esto, los ladrones no se atrevieron a volver a la casa; pero los cuatro músicos de Bremen se sintieron tan a gusto en ella, que no quisieron abandonarla nunca más. Y el último que contó esta historia aún tiene la boca seca de tanto hablar.

